

Ana Margarida de Carvalho

El gesto que hacemos para protegernos la cabeza

TRADUCCIÓN ANA BELÉN CAO MÍGUEZ



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

O Gesto que Fazemos para Proteger a Cabeça
Ana Margarida de Carvalho
Relógio d'Água, 2019

Primera edición: mayo de 2025

© Ana Margarida de Carvalho, 2019
© de la traducción del texto, Ana Belén Cao Míguez
© de la cubierta, Marisol Salinas
Edición © La Umría y la Solana, 2025
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid
info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-128411-6-9
Depósito legal: M-12460-2025

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con apoyo de Camoes I.P y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.
Obra publicada com o apoio do Camões I.P. e da DGLAB/Cultura - PORTUGAL.

A la memoria de mi muy querida y sabia abuela alentejana,
la mujer de mi vida, que me fue enseñando, con muchos
gerundios y diminutivos propios del habla de la región, las
improbabilidades de la existencia. Y que en los agujeros de
los enchufes vivían dos gigantes, vecinos y rivales. Y que en
la caseta de madera al fondo del huerto habitaba una vaca
que se volvía invisible a mis ojos.

«He cometido la infamia de matar esta gaviota,
y ahora la pongo a tus pies.»

Antón Chéjov, *La gaviota*

«Una frase honesta debe siempre poder tener varios sentidos», dice Bernardo Soares.

Incluso esta, añado yo.

Índice

CAPÍTULO I

(...)

Nada ha cambiado.

15

CAPÍTULO II

Excepto el curso de los ríos,

57

CAPÍTULO III

la línea de los bosques, costas, desiertos y glaciares.

103

CAPÍTULO IV

Por esos parajes el alma deambula,

147

CAPÍTULO V

parte, vuelve, va y viene, ajena a sí misma, inasible, ora segura,
ora insegura de su existencia.

227

CAPÍTULO VI

Pero el cuerpo está y está y está, y no tiene otra salida.

285

Agradecimientos

371

CAPÍTULO I

(...)

Nada ha cambiado.

Si pudiera no estaría haciendo esto,

vereda abajo, que siempre cuesta más, se trituran los huesos de las rodillas, se destrozan las articulaciones, se tensan las venas y los tendones en aullidos interiores, una yunta de bueyes chirriándole por dentro, los brazos en jarra y todo el peso de la carga reposando sobre sus codos,

ángulos solitarios,

que lo aislaban a él, hombrecillo entrecomillado agarrado al suelo, raíces en sus pies arrastradizos en tierra árida y rojiza, bajo la luz cansada del atardecer, que iluminaba por mera conjunción astral, nada allá arriba se compadecía del esfuerzo del hombre,

< atrapado entre un ángulo a cada lado > ,

tortuosos brazos casi en jarra, el izquierdo tira más, el carro se le entierra de un lado, eso es por la asimetría, se lamenta el hombre, siempre se las ha apañado mejor con la mano izquierda, con la azadilla o enhebrándole el hilo en la aguja a su abuela, en el pueblo las madres desconfiadas metían a sus hijos debajo de la falda para esconderlos de él, no fuera a ser que extendiese su mano antípoda y se le metiese el demonio dentro a la criatura, o la dejase tartamuda, qué vida esta, como la fuerza se concentraba a la izquierda, el carro se le torcía y se le inclinaba hacia la derecha,

y todo desvío tiene su precio,

en su caso, resbalársele sobre las almadreñas de aliso toda la carga que lo duplicaba en peso y lo cuadruplicaba en volumen, cuatro sacas de aceitunas transportadas en carretilla, si pudiera no estaría haciendo esto, un cinto, arreos humanos moliéndole los músculos precarios, y la prisa de sus compañeros que ya cruzaban el valle, si fruncía los párpados aún podía distinguir sus rostros, mientras amparaba con la lengua las gotas de sudor salado que le caían lentamente,

no te entretengas allí donde no estés a salvo, qué fácil es decirlo, cuánto se suda para poder llevarlo a la práctica,

nunca mires atrás, qué fácil es decirlo, cuánto más llevarlo a la práctica, que, de tan molido que va el cuerpo, hasta cuesta girarse para hacer indagaciones temerosas, más vale reventar que dar el cuello a torcer,

sigue adelante, camina, hace tres generaciones que cumples ese destino, quién eres tú más que todos los otros que te han precedido, tu abuelo, tus hermanos, tu padre,

quienquiera que sea,

en la aldea había un único hombre zurdo como él, paralítico tras una caída, le falló una teja en lo alto del tejado cuando lo estaba arreglando, en su vacilación les tendió la mano izquierda a sus ayudantes, que ni siquiera en un impulso de urgencia se la quisieron agarrar, se desplomó en el suelo, la columna le acertó de lleno en el tocón de un árbol, lo que quedaba de un roble desmochado y hueco por dentro, que él mismo había talado, una semana deshaciendo lo que habían levantado dos siglos, con el serrucho que se había construido poniendo el mango del lado contrario, y solo porque las ramas le desbarataban las tejas con el viento, se dio con la espalda contra el tocón aún roído, un saco de

huesos rotos, su mujer a gritos al ver a los demás intentando recomponerle la osamenta, su cuerpo desarticulado tendido en el suelo, un codo invertido, astillas saliéndole de la rodilla, su mujer a gritos, marioneta desarticulada, por qué tanto alboroto, si él no sentía nada,

su mujer a gritos,

sin saber si la tierra se hinchaba por la sangre negra o por el blanco afilado del fémur, nos tendió la mano izquierda, replicaban los hombres, como si eso los eximiera de su obligación de prestar auxilio, el zurdo del pueblo nunca más levantó el brazo izquierdo, nunca más levantó ningún brazo ni pierna, una astilla de roble incrustada en su columna le impedía permanecer de pie o tumbado,

el roble pasó a formar parte de su anatomía,

su familia lo mantenía sentado en una silla día y noche, por la mañana los hijos vaciaban la bacinilla encajada debajo del asiento y lo sacaban afuera, todo el día, tieso y esquelético, un huso de hombre, con los brazos colgando como los de los gigantones de las ferias, ridículos e inútiles, frente a los despojos orgullosos de un roble que no lo protegía ni del viento ni del sol, un tocón de árbol, un tocón de hombre, tanto el uno como el otro secos y carcomidos, huecos por dentro, una noche sus hijos se olvidaron de arrastrar la silla adentro, no resistieron sus pulmones porosos, huecos por dentro, a una noche de vendaval, se murió de pleuresía, sentado, de una tos seca, una tos sin savia como el muñón del roble que lo estuvo importunando durante unos días,

nadie permanece enfermo durante mucho tiempo en el pueblo,

fue sentado hasta dentro del ataúd, nadie le quiso romper la columna, habrase visto, los sepultureros cavando una

tumba abombada y con barriga, es que están embrujados, es que los zurdos ni siquiera en la muerte se enderezan,

y él me seguía con la mirada, extrañamente ligera en un cuerpo estático, y yo, el único chaval zurdo del pueblo, pasaba por delante de la casa del único hombre zurdo del pueblo, envidiaba su serrucho abandonado con el mango invertido, que estaba ya oxidándose, y me metía la mano izquierda en el bolsillo, cogí esa costumbre, tal como ahora les hago señas a los compañeros que van delante, tan distantes,

oooooooo, ooooooooo,

con la mano derecha, a ver si así me hacen caso, si pudiera no andaría en esta vida, habrá que dejarlos ir sin que me presten atención, qué culpa tendrán ellos si hincan los talones con más acierto, si la fortaleza de sus brazos derechos se encauza a empujar con tanto vigor, las reglas son no mirar atrás, si alguien se queda rezagado en un tramo del camino, allá él, ahí se queda, está escrito, tu destino ya tiene trazadas las huellas venideras, hay que pasar ágiles, sin hacer ruido ni para respirar, suelta el aire por la nariz, no dejes que las piedras te traicionen, la conspiración de los cascajos, se resisten a dejarse trillar por la prensa de las ruedas, a ser aplastados por las suelas, resbalan las piedras negras, se unen en pequeños desprendimientos, arrastran a otras consigo en la rebelión, como una cascada enjuta y estrepitosa, y cuando llegan abajo y chocan con el precipicio, el eco se confabula con ellas, una tormenta seca que denuncia al hombre de articulaciones temblorosas, brazos en jarra < y codos en ángulo >, si pudiera no estaría haciendo esto,

eso dicen todos,

verdad universal, qué vida de hombre es esta, hecho mula de semejante carga, de la que hasta los mismos animales se

libran, rumiando en los establos del pueblo, que aquí son los hombres quienes hacen el trabajo de las bestias, en este fin de mundo de leyes delirantes, se llevarían al burro a cuestras si falta hiciera, mantente discreto en tu condición de larva endeble y retardada, curvado y a par del suelo, ese es tu sitio, desaparece, invisibilízate, insonorízate, y, aunque no lo consigas, hombre a rastras que te arrastras, porque tus zuecos no silencian las piedras, y tu respiración es jadeante, más vale aligerar el perjuicio, lo que no se puede es permitirse el lujo de perder la cosecha y al animal, más vale que se sacrifique el humano, ese no tiene valor para los salteadores, y es una boca más que alimentar soltando suspiros de conmiseración, quédate donde te caigas muerto, además el hombre usa ardides que a los animales ni se les ocurren, se cree que puede engañar, disimularse en el paisaje, pasar desapercibido, recatado, y va dejando un rastro de sudor, y lo traicionan en su marcha sísmicos desprendimientos, si pudiera no estaría haciendo esto, hace una hora que lo atormenta una quemazón en el muslo, cojea, vacila, se tambalea, pero nunca se detiene, sus compañeros le llevan ventaja, y el dolor le quema el músculo como una esquirla ardiente, clavándosele en la carne a cada paso, en herida caliente la cura se presiente, solía decirle su abuela, para quien el dolor siempre fue cosa de poca monta, lo que no se ve no duele, lo que no sangra no angustia, se le murió la abuela de muerte silenciosa, sin sangre, sin dolor, sin queja alguna, tan solo un susurro por la mañana, no me siento capaz, por primera vez en su vida no se levantó, se murió por partes, primero los pies, que se le quedaron helados, los dedos encogidos y juntos en un rezo invertido, luego las rodillas espumosas, como un caracol aplastado abandonado al sol,

después la boca, que se fue marchitando hasta esfumarse los labios y quedarle tan solo una grieta negra y un corazón bombeando en un cuerpo con pequeños fallos, la piel de los brazos solo escamas y venas flácidas azules, y el latido del corazón, reticente a detenerse, como él ahora en su travesía, por mucho que le quemase el maldito tendón de la pierna, dura caminata, y los ojos de la abuela hendidos, convertidos en un pozo de agua contaminada, no potable, del que nunca más se podría volver a beber, así durante una semana, un cuerpo que era solo corazón, insistiendo, resistiendo, bombeando, toda ella ya apagada y encendido el corazón,

cuánto esfuerzo, abuela, déjalo descansar, lo que no se ve no duele, lo que no duele no se siente, la sábana casi sin volumen debajo, sin sus caderas anchas, sin su pecho amplio, se devoraba a sí mismo el cuerpo por dentro, pero el corazón no se rendía, hasta que un día, mientras le recolocaba la cabeza, se detuvo en un vagido de recién nacido, se murió tal como había llegado al mundo, una muerte íntima y celular,

nadie permanece enfermo durante mucho tiempo en el pueblo,

la vejez es allí un privilegio de las piedras y de los lagartos muy viejos, ¿y por qué le viene ahora a la cabeza la muerte de la abuela?, la mujer que nunca lo arropó ni le sostuvo los primeros pasos, porque lo quería fuerte y robusto, él aún con sus piernas vacilantes y ella ya apartándolo de su lado, lanzándolo al mundo, repleto de aristas y espinas, y sus manos, como si siempre estuviesen enfundadas en abarcas, ahuyentaban, repelían, herían, no eran manos para acariciar o consolar, si alguna vez peinaba o les espulgaba los piojos a sus hermanas era para arrancarles unos cuantos mechones y muchos gritos, cada bofetada era un zapatazo, donde cayera, en la cara, en